Profesionales traductores: grandezas y miserias

GREGORIO GARCÍA HERDUGO*

Catedrático de Biología Celular, Universidad de Sevilla
ggh@us.es

Resumen

En nuestro contexto, se propone definir como profesional traductor aquella persona que ocasional o periódicamente introduce términos en español que se corresponden, en la mayoría de los casos, con neologismos de reciente aparición en otras lenguas. Esta actividad incide en la evolución del idioma, muy especialmente en aquellos casos en los que el término pasa de ser un tecnicismo a ser incorporado, en mayor o menor medida, en el contexto de la comunicación profana. Por tanto, se postula el papel del profesional traductor en la propia evolución del idioma. Se discuten algunos casos positivamente valorables junto con otros mucho más discutibles.

Palabras clave: traducción, tecnicismo, neologismo

1 Introducción y disculpas

Antes de entrar en materia sería preciso justificar la presencia en estas Jornadas de una persona con tan escaso bagaje filológico como el culpable más que responsable de esta comunicación ante la imposibilidad de poder contar con Alvaro García Meseguer, Ingeniero de Caminos de formación, difusor de tecnologías por profesión y humanista en ejercicio por vocación profunda, semilla y motor de una iniciativa en la que me involucró y de la que se tratará más adelante. Por ello vaya por adelantado mi petición de clemencia ante las demostraciones de mis carencias en los campos de especialidad de la mayoría de los participantes en este congreso.

Muy probablemente resulte inútil, a estas alturas, hacer excesiva mención de la influencia que una *lingua franca*, como en estos días es el inglés, tiene sobre la evolución de otra lengua, en el caso que nos ocupa, el español. Esta importancia se torna esencial en una etapa histórica durante la cual tanto el incremento de conocimientos sobre nuevos datos, hechos o

fenómenos de la Naturaleza, como las aplicaciones de los mismos bajo la forma de nuevos instrumentos, productos o servicios implica la aparición continua de nuevos términos que, en muchos casos, trascienden el vocabulario críptico de cada comunidad de especialistas para incorporarse al banco de palabras de uso cotidiano.

Para los que hemos cumplido el primer medio siglo, palabras (y conceptos) tales como ordenador, videoconferencia, dirección asistida, cedés (CDs), clonación, células madre, por citar sólo algunas, se han ido incorporando a nuestro vocabulario, en algunos casos no sin algún tipo de asombro cuando hemos tenido nuestro primer contacto con el invento: recordemos los conductores la primera vez que utilizamos un vehículo con dirección asistida o bien la mayoría de los presentes cuando escuchamos por primera vez música en conserva sin los picotazos de los viejos discos de vinilo.

Pero los nuevos términos no sólo vienen de la Ciencia y la Tecnología: en este mundo cambiante, no sólo hay nuevos conocimientos o utensilios que requieren nombres: también (y diría *sobre todo*) hay nuevas formas de relaciones humanas en todos sus ámbitos, desde el macrocosmos político hasta el microambiente familiar e incluso hasta el tan íntimo como el de la introspección personal. Así pues, también en el marco de las ciencias sociales y humanas hay que considerar su participación (y su responsabilidad) activa en lo que se refiere a enriquecimiento (o empobrecimiento) del vocabulario. Permítanme, sin embargo, que, por razones obvias, utilice los campos científicos y tecnológicos a la hora de discutir muy parcialmente su incidencia en la propia evolución de nuestro instrumento cotidiano de comunicación: nuestra lengua materna común.

2 Relaciones entre Ciencia y Tecnología: una perspectiva histórica

Si por Ciencia entendemos el conocimiento de la Naturaleza, y por Tecnología su modificación mediante la creación de instrumentos no naturales, resulta lógica la asociación habitual, en principio bien trabada, entre ambos conceptos en el lenguaje cotidiano. Tal relación parece incluso justificar el nombre de un ministerio en varios gobiernos, y no sólo en el caso de España. Hasta existen unas siglas para expresar resumidamente sus actividades esenciales, esto es, la Investigación para la Ciencia y el Desarrollo para la Tecnología, bajo la ya popular I+D. Sin embargo, ambos

no han ido tan aparentemente de la mano, a lo largo de la historia, como pudiera parecer.

Ya en sus orígenes no parecen nacer a la vez. Mientras la Ciencia nace asociada, por este orden, a la Magia, la Religión y, finalmente en la Grecia clásica, a la Filosofía, las ingenierías tienen su origen en prácticas artesanales que se remontan a los albores de la civilización humana. Igualmente sus instrumentos intelectuales discrepan en estas fases iniciales: mientras la Ciencia se basa en su propio método, generalmente el deductivo, la Tecnología primitiva se fundamenta en la prueba y error, así como en la experiencia acumulada.

En estas sociedades precientíficas, el progreso sólo podía darse por casualidad, por alguna ingeniosidad, o simplemente por prueba y error. En cualquier caso de manera extraordinariamente lenta. Esta forma de desarrollo de la ingeniería permaneció así durante miles de años hasta la aparición de la Cultura Helénica y la aplicación del método científico. Pronto se hizo claro que la ciencia permite moverse de manera libre y exacta dentro de la teoría para llegar a conclusiones que no pueden ser extraídas directamente de la realidad. El modelo teórico permitirá la construcción de objetos previamente inexistentes para modificar el mundo real. La ingeniería en el mundo helénico se desarrolla en el marco de las teorías científicas y no avanza sino dentro de la estructura de la ciencia.

La ingeniería griega alcanzó, de la mano de la ciencia, desarrollos hasta entonces impensables. El tornillo y la rueda dentada fueron descubiertos por aplicación de los resultados de la geometría de Euclides. Otros desarrollos de la ingeniería mecánica fueron los mecanismos para obtener las fases de la luna o el «dioptra» de Herón de Alejandría, precursor del actual teodolito. El faro de Alejandría tenia una altura de casi cien metros y su luz podía verse desde decenas de kilómetros gracias a reflectores diseñados de acuerdo con los principios de la óptica. En Ingeniería Naval los barcos de guerra construidos por Gero II de Siracusa bajo la supervisión de Arquímides eran quince veces mayores que los existentes hasta entonces. Algunos incluso fueron acorazados con láminas de plomo. Hubo que esperar hasta el siglo XIX para volver a construir barcos de semejante tamaño.

El desarrollo científico-técnico fue interrumpido por la conquista romana que simbólicamente comienza con la destrucción de Siracusa y la muerte de Arquímides en el 212 a. de C. Igualmente simbólico resulta el hecho de que poco después de la llegada de Cesar a Egipto ardiera la gran biblioteca de Alejandría.

Los romanos estaban interesados en la organización política y militar, en el desarrollo material inmediato y, por tanto, en la aplicación de la técnica, pero no en la ciencia como sustento de ésta. Ingenieros como Vitrubio estaban fascinados con los tratados científicos griegos y en muchas ocasiones observaban con admiración sus inesperadas conclusiones, pero sin haber sido capaces de seguir sus argumentos científicos. Muestra de lo secundario del interés romano por la ciencia puede ser el hecho de que los *Elementos de Geometría* de Euclides, que aún son la base de la Geometría moderna, fueron traducidos por primera vez al latín en el s. XII por un inglés de Bath partiendo de un texto árabe.

El propio Vitrubio en su compendio de la tecnología de su tiempo *De Architectura*, después de describir el nivel de burbuja, reprocha a Arquímedes su afirmación de que la superficie del agua es esférica, con centro en el centro de la tierra. Vitrubio mantiene que un buen técnico debe saber Literatura, Historia, Filosofía, Medicina, Música, Derecho y también, por último, Geometría, Matemáticas y Astronomía. Geometría para entender la plomada y el nivel, Matemáticas para calcular el costo de los edificios y Astronomía para identificar los puntos cardinales.

Transcurrido más de un milenio desde el fin del Imperio Romano, el método científico fue recuperado en el siglo XVII por hombres como Galileo o Newton. Inmediatamente después, la Ingeniería, aplicando las aportaciones de la ciencia, conoció un impresionante avance que la ha llevado hasta nuestros días.

Cabe ahora plantearse preguntas tales como: ¿Estamos en los últimos años siguiendo esa línea de avance en la interacción entre Ciencia y Técnica que tan buenos frutos ha dado para las condiciones de vida de los hombres? ¿Estamos educando en la Ciencia a quienes deben abordar luego el estudio profundo de los problemas de Ingeniería?

Con frecuencia oímos o leemos en algún sitio que vivimos en un mundo cada vez más complejo que demanda una formación científica profunda. Sin embargo, sería erróneo concluir de ello que existe actualmente una creciente formación científica del conjunto de los ciudadanos y una actitud de conocimiento profundo ante los logros de la Técnica.

El diseño de un ordenador, un avión o un automóvil moderno requiere un nivel de conocimiento científico ciertamente muy superior al requerido para diseñar un aparato de radio de válvulas, un avión o un automóvil en las primeras décadas del siglo XX. No obstante, los principios por los cuales funcionaba cada una de estos aparatos primitivos estaban claros no sólo para las personas que trabajaban en su proyecto sino también para los que

participaban en su fabricación, los mecánicos que los reparaban y muchos de sus usuarios.

En la actualidad, por el contrario, el conocimiento necesario para proyectar un ordenador está concentrado en unos pocos lugares y ni siquiera alcanza a la gran mayoría de fabricantes de ordenadores, que son meros montadores. Algo parecido podemos decir de los modernos mecánicos del automóvil o de las muchas fábricas que dispersas por el mundo producen aparatos de alta tecnología siguiendo las directrices emanadas de una casa matriz.

Otro tanto podría decirse de otras tecnologías y otros conocimientos. Podría afirmarse que la rama de la Filosofía que es la Cosmología ha pasado a ser patrimonio de los físicos de partículas. Sin embargo, el bagaje matemático y físico requerido para entender sus aportaciones es tal, que si bien el *big-bang* ha pasado a ser utilizado a niveles coloquiales, por mucho que intentaron sus autores al divulgarlo, pocos son los que entendemos bien lo que ocurrió durante sus tres primeros minutos.

En lo que más ha podido revolucionar nuestras vidas, desde las relaciones personales hasta las medidas de seguridad ante la aparición de nuevas formas de delincuencia, la revolución informática y de las comunicaciones, podemos ver que un ordenador puede ser directamente de aplicación en tres niveles diferentes: desarrollo del hardware, programación del software y uso del software desarrollado por otros. Así, la llamada cultura de las nuevas tecnologías consiste esencialmente en un espectacular aumento de las personas de tercer nivel: el consumidor.

Contrariamente a lo que pudiera parecer, la sociedad que nos rodea no está demandando un número proporcionalmente significativo de científicos o ingenieros de alto nivel entre sus estudiantes. Se requiere sobre todo la formación de consumidores. El consumo ya no es algo tan simple como tradicionalmente fue el comer, vestir o habitar una casa. El consumo en el mundo actual requiere una formación. La cultura dominante es la del manual de usuario. Sin embargo, la formación se requiere para entenderlo, no para criticarlo. Y no debemos olvidar que el ejercicio de la crítica es el medio instrumental común para todas las ciencias.

Para convertirse en consumidores modernos los ciudadanos deben recibir en la escuela una educación física, vial, ambiental, cívica, administrativa, sanitaria o alimentaria, una educación de usuarios de la informática por supuesto, pero poca educación científica. Hasta las Matemáticas que estudian nuestros hijos han pasado a llamarse en muchos casos *Matemáticas de la vida cotidiana*, por no decir *Matemáticas del consumidor*. En las escuelas de enseñanza media de Europa el método

deductivo está desapareciendo, siguiendo como en tantas otras cosas la tendencia americana. En consecuencia, conocimientos muy difundidos aparecen desvinculados de las teorías que les sirven de base. Aún desde la perspectiva de la ingeniería, es mucho más importante que nuestros hijos estudien Física en el colegio que unas asignaturas de Tecnología, que por otra parte, parecen diseñadas por las multinacionales del bricolage.

Es cierto que nunca antes en España o en Europa había habido un nivel y cantidad de conocimiento científico y técnico semejante al actual, pero no lo es menos que jamás hubo tantos ciudadanos que teniendo los medios para acceder al conocimiento científico habían mostrado tan poco interés por él. La proporción de personas con inquietud por estos conocimientos, de entre quienes pueden acceder a ellos, es francamente preocupante. Esta tendencia puede ser observada incluso en la parte del mundo universitario que es oficialmente científica o técnica. No es casualidad que cada vez haya más congresos científicos o de ingeniería que se transforman en acontecimientos sociales y que promocionan fundamentalmente el turismo. El mercado de la publicaciones científicas tampoco está exento de las leyes del comercio y el consumo.

Y toda esta situación se basa, precisamente, en el hecho de que un manual de instrucciones se sigue, se estudia y se entiende... pero raramente se critica. El ejercicio de la crítica, que, insistiremos, es básico en el conocimiento científico, no tiene lugar en la cultura del manual. Por todo ello, en unas condiciones en que la gran cantidad de conocimientos requeridos para la vida cotidiana no deja lugar a una actitud crítica, resulta lógico que los nuevos vocablos que definan las innovaciones incorporadas sean aceptados sin más, con independencia de sus efectos sobre el medio más general de comunicación, la lengua materna común para cada comunidad.

Ante la pregunta sobre la necesaria interacción e intersección entre ciencia y tecnología, la respuesta es obvia: no solo la tecnología necesita de la ciencia, sino que el desarrollo de la ingeniería moderna tiene lugar en muy alta proporción a través de la ciencia. Pero debe añadirse algo más: es el ser humano quien necesita de la ciencia, siquiera para no abandonar una actitud positivamente crítica ante lo nuevo.

3 *Do you speak Science*?

Se ha apuntado anteriormente que todas las ciencias, desde las más bárbaras a las más humanísticas, tienen un instrumento común: el ejercicio de la crítica. Sus instrumentos idiomáticos suelen tener igualmente gran cantidad de nexos comunes. En términos generales, la estructura de un trabajo científico es la misma con independencia del idioma en que se encuentra escrito. Pero, por lo que respecta al interés que nos tiene aquí reunidos, dado que no se encuentra ya en todo el siglo pasado ninguna aportación de relevancia que haya sido comunicada originalmente en español, parece oportuno comentar la secuencia más general de acontecimientos desde que aparece un nuevo concepto hasta que empieza a ser utilizado en nuestro idioma

El primer paso de importancia vamos a situarlo no sólo en el momento en que el investigador *VE* el nuevo fenómeno, la nueva estructura o la formulación novedosa, sino en un acontecimiento posterior. Y ahí va un primer axioma: no existe actividad científica sin comunicación de los hallazgos. La primera función social de la ciencia se basa, precisamente, en la comunicación de los resultados. La ciencia, para que sea tal y no una mera actividad autocomplaciente, implica la difusión del nuevo conocimiento a los otros miembros de la comunidad. De hecho, antes de que se comenzara a hablar de globalización (¿segunda mitad de los ochenta?) existía ya una comunidad global de científicos y, en cierto modo, una mercado informal, de carácter supranacional, de flujos de conocimientos no directamente estratégicos ni de interés comercial. Y, como en todo mercado, existían competencias entre diversos actores en el mismo. Sin embargo, estos actores no estaban definidos ni por nacionalidades ni por supuestas ideologías, sino por su capacidad o por sus ventajas relativas a la hora de aportar antes ese conocimiento nuevo.

Esa comunidad global no es de ayer. Me atrevería a situar su consolidación efectiva, si bien embrionaria, en el siglo XVII con la aparición de las primeras sociedades científicas, de las cuales la más antigua que nos ha llegado es *la Royal Society* británica. Permitánme una reflexión al paso: la *lingua franca* de la ciencia del siglo XVII era... el latín.

Aquí querría hacer un inciso que quizás nos sirva para entender algunos problemas que pueden ser generales a toda *lingua franca* y es su deterioro con su utilización fuera de sus entornos naturales. El latín macarrónico de la Edad Media (por no decir el latín de la liturgia católica preconciliar) es al latín de Cicerón lo que el *bussines English* de nuestros días es al inglés de Shakespeare.

Así, en nuestros días, no hay aporte al conocimiento que merezca realmente la pena y que no se comunique en inglés. La aceptación del

inglés como *lingua franca* es tal que incluso revistas científicas publicadas en un país con un idioma de gran tradición científica y tecnológica como es Alemania publican íntegramente en inglés. Pues bien, si se analiza el inglés científico, su riqueza lingüística es muy escasa, por una parte porque el idioma científico es muy conciso, pero, por otra, porque un número considerable de los autores no tienen el inglés como lengua materna. Es cierto que Estados Unidos cuenta con más de la mitad de los científicos en activo del mundo, pero de ellos un número nada despreciable son inmigrantes. Añadan ahora a todos los científicos que tenemos que comunicar nuestros resultados en otro idioma si queremos que nuestras aportaciones tengan la difusión adecuada.

De ahí que (podría afirmarse que afortunadamente) gran cantidad de neologismos tienen, aun en inglés, claras raíces griegas o latinas. Probablemente sería mucho más complejo si la *lingua franca* de la ciencia continuara siendo, como en cierto modo fue durante el siglo XIX, el alemán. Un ejemplo de esto último puede encontrarse en la propuesta relativamente reciente de la existencia de un gen en el genoma humano responsable del control del peso corporal y cuya deficiencia o mal funcionamiento podría ser responsable de ciertos tipos de obesidad. La proteína codificada por tal gen ha sido bautizada como *leptin* (leptina) utilizando para ello la raíz griega *leptos*, delgado.

Ya tenemos el conocimiento en el mercado de los especialistas con una terminología que, en muchos casos, no tiene por qué estar constituida totalmente por neologismos, sino por términos preexistentes a los cuales se les dota de una nueva dimensión, de un nuevo sentido, de una nueva aplicación.

El paso siguiente es la utilización de este nuevo término en el marco de un discurso, oral o escrito, en español. Esta última etapa es la que tiene interés realmente en el contexto de estas jornadas. En muchos casos se opta por mantener directamente, tal cual, el término en inglés. Por dificultades en encontrar un término apropiado o, simplemente, por desidia. Y de esta manera se introduce un concepto de otro idioma en el discurso correspondiente. Y si el término trasciende la comunicación entre especialistas... ahí tenemos casos como los de hardware, software, benchmarking, know-how, spin-off,... por citar algunos, que acaban siento utilizados en un lenguaje cotidiano fuera del contexto de la especialidad correspondiente.

En muchos otros casos, se opta por encontrar un término *en español o que suene a tal*. Es aquí donde tiene sentido el título de esta comunicación. Ese término es tomado por un profesional de la ciencia o de la tecnología

(en la secuencia que nos ocupa) que realiza una función de traductor, no necesariamente de un texto, para incorporar el concepto a un discurso que puede ser el de la discusión en un laboratorio o en un seminario, o, con un mayor efecto multiplicador, en el desarrollo de una labor docente, de una o varias clases, ante un auditorio que ha de aprender un concepto nuevo y, en muchos casos, incorporarlo a su lenguaje en el contexto de su ejercicio profesional presente o futuro. Cuando la función de traductor se realiza, además sobre soportes distintos (papel o informático), la permanencia del término traducido es muchísimo mayor.

Aquí nos encontramos con el componente de grandeza en el ejercicio del profesional traductor: se contribuye a hacer idioma. Claro está, que este «hacer idioma» se puede hacer mal y, en este caso, se hacen patente las miserias.

4 Una definición que intenta ser útil

Parece oportuno en ese momento definir qué podemos entender como *profesional traductor*: una persona que, en un momento puntual de su trabajo, en la mayoría de los casos con una fuerte carga docente (no necesariamente en un marco institucional, como puede ser una universidad; también puede ser en el contexto, por ejemplo, de una reunión científica o de un congreso de profesionales), ante la aparición de un nuevo concepto definido por un término en otro idioma, generalmente el inglés, realiza una adaptación del mismo a la lengua de trabajo en ese momento, en nuestro caso, el español.

La actuación, y por tanto la importancia, del profesional traductor, en los términos en los que se define, es, o debería ser, previa a la del traductor profesional por cuanto, en principio, la correcta traducción de un neologismo científico o tecnológico debería realizarse por un especialista en el campo correspondiente a fin de tener suficientes garantías en relación con la inclusión en el nuevo término de todos los matices que pudiera contener, en su caso, el nuevo concepto.

En este contexto, la diferencia entre el profesional traductor y el traductor profesional podría encontrarse en el hecho de que el primero lo es durante un tiempo muy corto y su actuación es muy limitada, exclusivamente a uno o pocos términos. Un traductor profesional lo es cuando realiza su actividad sobre un texto completo, con independencia de su dimensión.

Un mismo profesional puede realizar ambas funciones. De hecho, la mayoría de los textos científicos en español están traducidos por personas cuya profesión fundamental no es la de traductor. En este momento resulta oportuno hacer mención a que, en ciertas ocasiones, las traducciones son simplemente deleznables, manifestándose una carencia de cualificación para la labor de traductor por parte de los responsables, cuando no un insuficiente nivel de conocimientos en el propio campo profesional, lo que resulta aún peor. Alguien dijo que «un mal traductor demuestra tres ignorancias: la del idioma fuente, la del idioma término y la de la materia que traduce».

5 Luces y sombras: algunos ejemplos

Dos son los peligros fundamentales de la incorrecta actuación del profesional traductor (y a veces del traductor profesional): el primero, sobre el que no nos vamos a extender demasiado, es el de la potenciación del uso de *falsos amigos* entre los que, por citar sólo un ejemplo, está el incorrectísimo uso de la palabra «evidencia» cuando se quiere decir «prueba», tras la mala traducción del frecuente término *evidence* encontrado en la literatura científica.

El segundo, como se apuntó antes, es el de la introducción de un término «que suene» a español y que, como ocurre de manera muy frecuente, respete en cierta medida la estructura lingüística de la propia idea expresada en inglés. En este sentido vamos a referirnos a dos ejemplos de cierta actualidad como paradigma, el primero, de lo que este ponente entiende es una contribución positiva, en contraposición con un resultado muy criticable en el caso del segundo.

Está no sólo en los textos, sino en los medios de comunicación y en los foros de discusión ciudadanos (si bien con menor intensidad de lo que a muchos nos gustaría) el concepto de «célula madre», que en inglés se expresó originariamente como *stem cell.* No ha sido fácil llegar al consenso de uso de este término en español, pero, a mi juicio, expresa suficientemente bien las propiedades de este tipo de células por cuanto pueden originar, por mecanismos de división y diferenciación celulares, una variedad de otras células que cumplan sus funciones en el organismo adulto. No era fácil su traducción directa por una serie de razones que estarían fuera de lugar. En este caso lo que se ha logrado es una idea que se

ajusta con bastante claridad a las características y, sobre todo, a la trascendencia que tiene este concepto.

El otro ejemplo está, por el momento, más reducido por cuanto, en principio, se limita a escasas comunidades de científicos, del área de las ciencias biomédicas y medioambientales, así como a ciertos foros de carácter político. Me refiero al concepto originalmente definido en inglés como *endocrine disrupters*. Los primeros que asumieron la responsabilidad de poner este término en español (y perdón por la crítica a estos anónimos colegas) lo expresaron como «disruptores endocrinos». No sé que grado de tranquilidad o intranquilidad alcanzaron tras la creación de este neologismo, pero la realidad es que con esta actuación o bien hicieron un ejercicio de pereza intelectual o demostraron un escaso conocimiento del inglés, porque el término *disrupter* se puede traducir en español como «alterador», que es precisamente lo que hacen estas substancias: alterar el equilibrio del sistema endocrino, el responsable de nuestro control hormonal. En este contexto, la comisión terminológica de la Sociedad Española de Endocrinología ha propuesto recientemente el uso de «alteradores del sistema endocrino» para este término. A mi juicio está absolutamente acertada tal propuesta. Sin embargo, por el problema relativo al principio de originalidad, es decir, a que el primer término introducido goza de grandes ventajas para su aceptación generalizada, me atrevo a sospechar que seguiremos viendo el término de «disruptores endocrinos» en una gran cantidad de documentos.

Por todo lo anterior puede insistirse en una conclusión: gran parte de las miserias de un profesional en su papel transitorio como traductor pueden estar basadas en sus propias limitaciones en relación con sus conocimientos lingüísticos. Si las limitaciones intelectuales se refieren, adicional o alternativamente, al propio campo científico o tecnológico los resultados pueden ser aún peores.

Finalmente, querría hacer mención a un caso no demasiado infrecuente en cuestión de terminologías y de su traducción y es el que ocurre en el idioma que sea cuando el primer término con que se define el nuevo descubrimiento o la nueva aportación no es adecuado, pero se sigue manteniendo por el efecto apuntado anteriormente de la ventaja relativa derivada de la originalidad.

Como ejemplo de esta consagración de nombres incorrectos se me ocurre citar el caso que ilustra distintas opciones de traducción en el caso de profesionales. En nuestro organismo poseemos unas células que participan en la inflamación como respuesta a una agresión externa, bien debida a microorganismos o a substancias que puedan ser detectadas como

extrañas por nuestro sistema inmunitario. Estas células se citaron por primera vez a finales del siglo XIX por un investigador alemán, Ehrlich, y las llamó, en alemán, *mast Zellen*, término que fue traducido por Ramón y Cajal al español de manera directa como «células cebadas». La razón de tal denominación puede buscarse en el aspecto de estas células y en el nivel de conocimientos de la época: el aspecto cargado de granos y relativamente grande de las mismas debió inducir a pensar que se cargaban de substancias tomándolas del entorno, estaban pues «cebadas». Hoy sabemos que tales células no realizan la actividad de fagocitosis (comida por parte de las células) con una intensidad tal como para justificar su nombre. Sin embargo, el término está casi totalmente consagrado.

Existe un aspecto curioso en relación con este ejemplo. Las células cebadas en inglés se conocen como *mast cells*, no porque tengan nada que ver con un mástil, sino porque ya desde el principio, el profesional traductor del alemán al inglés prefirió mantener el calificativo original, sin cambiarlo, de tal manera que en la actualidad este término está aceptado en los diccionarios, al menos en el Webster's. Para terminar con nuestras células cebadas, puede encontrarse en ciertos textos la utilización del término «mastocitos», sin embargo dicho nombre no ha encontrado aceptación entre la comunidad biomédica de habla castellana, dado que el prefijo «masto-» se utiliza para hacer referencia exclusiva a las glándulas mamarias y a sus tejidos asociados, en tanto que estas células se encuentran en gran cantidad de localizaciones distintas en el cuerpo.

6 Iniciativas y propuesta final

Con todos estos problemas, ¿qué se puede hacer? Hay que tener en cuenta que el profesional de la ciencia, de la tecnología, así como de muchas otras parcelas no siempre está personalmente preocupado por los problemas de su lengua materna; en todo caso, el interés personal, en cuanto que aislado, puede tener relativamente pocos efectos adicionales. Por otra parte, las lenguas no evolucionan a golpe de decreto, es más, parece que evolucionan sobre la base de la consagración de incorrecciones.

Aquí me atrevería a proponer las iniciativas colectivas basadas en la búsqueda de sinergias derivadas del intercambio de problemas y de las propuestas de soluciones. Un ejemplo tan bello como admirable es el que hizo, hace y espero que siga haciendo posible la existencia de *Puntoycoma*, que para los bárbaros positivistas como el culpable de estas líneas es un motivo de disfrute y de aprendizaje continuo.

Permítanme que me refiera a otra iniciativa que se inició hace algunos años gracias al entusiasmo de Álvaro García Meseguer, que nos convocó a un grupo de personas con el único título de la amistad, así como del conocimiento que de ella derivaba en relación con ciertas inquietudes comunes acerca de la evolución de nuestro idioma y del impacto, muchas veces desagradable, de los nuevos términos incorporados desde la ciencia, la tecnología y la innovación. Así nació Retelengua. En ella estamos ejemplares de una fauna verdaderamente variopinta: ingenieros, químicos, médicos, traductores, gestores de la ciencia y la tecnología... y hasta algún helenista.

La mecánica ha sido tan sencilla como flexible. Somos una especie de ONG sin sede, ni cuotas ni estructura. Es tan informal nuestro funcionamiento que yo prefiero utilizar el subtítulo de «La Peña». Nuestro instrumento es el correo electrónico. De vez en cuando algún amigo envía un mensaje colectivo proponiendo un problema terminológico y algunas soluciones que se estén dando. Y se abre la discusión, no siempre desapasionada y en muy pocas ocasiones carente de algún apunte en clave de humor.

Al menos nos ha servido para mantener el contacto y el interés por lo nuevo que decimos en nuestro idioma común. Y en todo este contexto quiero manifestar públicamente que hemos aprendido todos. Al menos yo he aprendido muchísimo de mis amigos traductores tanto en la propuesta de problemas como en la de soluciones. Tanto Luis González como Fernando Navarro han sido dos colegas excelentes en Retelengua.

Pero, desgraciadamente, poca trascendencia tiene el trabajo que hacemos ya que, salvo en alguna ocasión aislada, no ha pasado de la actividad autocomplaciente. En este sentido, es decir, en cuanto a la valorización de las discusiones en el seno de Retelengua quiero dejar constancia una vez más de mi agradecimiento a los amigos de *Puntoycoma*. Algunos de los ejemplos citados anteriormente han sido objeto de discusión en el seno de nuestra comunidad real conectada por la virtualidad.

Por eso me atrevería a realizar una propuesta por si alguien de entre los presentes tuviera capacidad para llevarla a cabo. Debería proponerse, a través del Instituto de España y de las Reales Academias, especialmente las de Ciencias, Medicina e Ingeniería, la potenciación en las sociedades científicas españolas de sus respectivos comités terminológicos, así como de la difusión tan rápida como eficaz de sus propuestas entre los miembros de las respectivas comunidades, hacia abajo, y, en sentido inverso, que dichos comités terminológicos proporcionaran a las Reales Academias las mismas propuestas, de tal forma que existiera un banco de neologismos

constantemente actualizado y accesible en foros pluridisciplinares. En cierto modo sería algo así como llevar el modelo Retelengua a las sociedades profesionales, de tal manera que los nuevos términos fueran tan adecuados como correctos sin perder de vista el carácter siempre vivo y en constante evolución de toda lengua.

* Catedrático de la Universidad de Sevilla y Director del Departamento de Biología Celular; autor de numerosas publicaciones científicas y participante en el foro Retelengua, creado por científicos del CSIC para debatir sobre cuestiones lingüísticas.